



Los Libros

nes. Por eso esta novela, que carece de héroes, es una novela de masas, vistas por un personaje central que, como aquel inolvidable Chichikov de *Las Almas Muertas*, va de aquí para allá fijándose en todo. Entraña así un valioso, e indirecto, aporte a la comprensión de las características psicológicas de un sector de nuestra comunidad. Otras lecciones se desprenden de *Hijo de Ladrón*, pero ninguna de ellas es apriorística. Manuel Rojas es escritor que no hace excursiones fuera del área de la literatura pura, rasgo de suyo loable en esta época tan preñada de *ismos* interesados y confusio-  
nistas.—EDMUNDO CONCHA.



“DEL SENTIDO DE LA VIDA Y DEL SENTIDO DE LA MUERTE”, de *En-  
rique Molina*

Hace algún tiempo la Sociedad Chilena de Filosofía pidió a Enrique Molina una charla sobre motivos de su especialidad. El ilustre Rector de la Universidad de Concepción eligió como tema el mismo que había servido poco antes al filósofo español, Ferrater Mora, para escribir *El sentido de la Muerte*, libro que por entonces fué muy comentado. Pero encontrando que el asunto era —así lo dice— de impresión negativa, complementó su ensayo en la forma que da título a este comentario. Era forzoso que así lo hiciera. En un artículo anterior, nos hemos referido al optimismo que es como una “constante” en el pensamiento de Molina. Constante de signo evidentemente positivo que tiñe todos sus trabajos, no sólo los filosóficos y literarios sino también los de su vida práctica. Leyendo este ensayo, se advierte que su autor pasa por sobre la primera parte como obligadamente, guardando todos sus entusiasmos para la segunda, que es la que mejor condice con su formación espiritual. Y es que Molina es un filósofo de la vida y para la vida, como lo tiene de sobra demostrado. Nada, en efecto, nos hace pensar leyendo sus obras que él considere —como Sócrates— que la filosofía es una

preparación para la muerte. Muy al contrario, él cree que el problema señero del hombre es la realización de su vida, especialmente de su vida espiritual.

Entrando al tema de la Muerte, Molina se manifiesta muy cauto. "Lo que vamos a decir —afirma— no es más que asomarnos a estos abismos para mirar con nuestros débiles ojos hasta donde alcancemos". No obstante, asegura casi a continuación, "espero que lleguemos al término de esta excursión si no a certidumbres perfectas, que no cabe esperar en estas materias, a certidumbres o creencias vitales". Al llegar aquí no podemos dejar de recordar un apotegma latino que parece darnos la única certidumbre en estas materia: *¡Mors certa, hora incerta!* Y este concepto, con todo lo que tiene de ineluctable, es el mismo que intranquilizaba a nuestros abuelos trogloditas cuando pensaban que la muerte era un sueño de incierto despertar o el resultado del daño que hacían espíritus poderosos y perversos que era necesario combatir. Más tarde Schopenhauer asegura que la representación de una vida de ultratumba "surge tanto en las religiones como en los sistemas filosóficos a manera de antídoto que la razón reflexiva segrega por sus propios medios contra la certeza de morir". Es, en cierto modo como una creación de lo que Bergson llama "la función fabuladora de la inteligencia" destinada a contrarrestar la acción deprimente de la idea de muerte. Con relación a lo anterior, Molina, al comentar el libro de Ferrater Mora, se figura a este filósofo corriendo de un lado para otro, antorcha en mano, empeñado en desvanecer las tinieblas del negro espacio del limbo. Sabido es que para muchos filósofos, los atomistas como Demócrito y todos los mecanicistas, la muerte "es pura y simplemente la desintegración de lo que había sido transitoriamente integrado", sin que por ello mueran los elementos integrantes, es decir los átomos. La muerte sería así un destino de la existencia mas no de la esencia. Tal vez cabría decir por tanto —a lo menos por lo que hace a lo orgánico— que la esencia se realiza en la muerte. En todo caso la muerte alcanza sólo al individuo ya

que la especie continúa. Por donde lo orgánico adquiera una suerte de inmortalidad, única a la que razonablemente podemos aspirar. No hay duda que un razonamiento parecido fué lo que indujo a Pascal a asegurar que “la serie de todos los hombres, durante el transcurso de tantos siglos, debe ser considerada como un solo hombre que subsiste siempre”.

A la vuelta de algunas consideraciones críticas sobre la obra de Ferrater Mora, Molina cita algunas frases para probar después cómo éste encadena demasiado a la muerte el valor de la vida. Entre ellas transcribimos la que dice que “toda vida fallecida es, cualquiera que hayan sido sus contenidos, esencialmente noble. La muerte da, en efecto, un sentido a toda vida. De ahí deriva, para Ferrater, el respeto al cadáver que “es algo más que la piedad y, desde luego, algo más que el temor que nos produce la presencia de lo desconocido: el respeto al cadáver es el respeto a la misma vida que ha conseguido terminarse, que ha cumplido, quiéralo o no, su terrenal destino”. Al llegar aquí en los comentarios que vamos haciendo, no podemos menos que recordar el hermoso decir del poeta que afirmaba que *un bel morir tutta una vita onora*. Pero, ¿cuántos son los que saben morir con serenidad, bellamente y sin miedo a vanos terrores?

El ensayo continúa reseñando algunos intentos hechos por ciertos sabios —William James, Sir Oliver Lodge, William Crookes, el doctor Hodgson y otros— para comunicarse con el “más allá”. No sin una punta de ironía, Molina recuerda que los espíritus que dieron respuesta a tan ansiosa inquisición eran seres opacos que prefirieron ocuparse de frivolidades terrenales sin aportar ninguna luz sobre las regiones de ultratumba. El capítulo referente al sentido de la muerte termina aconsejando una actitud abierta y modesta ante su misterio, actitud —dice Molina— “que no está reñida ni con las investigaciones de nuestra inteligencia ni con los afanes del progreso”. Por nuestra parte, frente a este interrogante que a tantos inquieta, preferimos ponernos en la situación espiritual del nove-

lista Julien Green, quien dice en su *Journal*: —“*Avec le temps et la réflexion j'en suis venu á ne voir dans la mort qu'un gran palais obscur, ou nous devons penetrer sans angoisse*”.

---

En cuanto al sentido de la Vida, se trata —dice Molina— de un problema que no inquieta ni a los niños, ni a los pájaros... ni a los que lo encuentran resuelto en las diversas religiones. Algunos de estos últimos pesquisantes de infinito, entre ellos Descartes, buscaron siempre afanosamente una base que les diera certidumbre absoluta —la simple fe no les bastaba— para cimentar sus creencias desde un punto de vista que tranquilizara su razón. Fué aquella una rebusca apasionada y angustiosa que encontró tal vez en Kierkegaard su exponente más trágico. Jacques Maritain dice, refiriéndose al atormentado danés: “Con su inteligencia brillante y multi-forme, Kierkegaard no era ni un filósofo profesional ni un teólogo profesional: era un hombre inquieto y doloroso, atraído por el mundo y atormentado por encontrar en la vida un sentido religioso”. En esta idea se debatió siempre sin encontrar descanso ni consuelo. Molina no se preocupa de este tipo de hombres que oscilan entre el creer y el no creer y de ello sacan su angustia. Está mejor, a nuestro parecer, en la línea del progresismo de Stuart Mill, quien creía que hemos venido a este mundo para dejarlo un poco mejor que lo que lo encontramos. Cree también Molina que las líneas generales de su filosofía de la vida corren parejas con las de Lecomte Noüy en su conocido libro *El destino humano*. Por nuestra parte sentimos tener que manifestar desacuerdo a este respecto con el filósofo penquista. Conocemos el libro citado y conocemos también *El porvenir del Espíritu*, del mismo autor. A lo que parece, para los que conocen su obra científica, se trata en Lecomte de Noüy de un investigador digno de toda consideración, lo que no le impide, a nuestro

humilde juicio, ser un filósofo mediocre, un filósofo que especula, con demasiadas esperanzas, en el futuro desarrollo tanto mental como espiritual del hombre. Estamos —cree él— en el alba de la evolución humana. Corriendo los milenios llegaremos a un tipo de superhombre capaz de alzarse contra la esclavitud fisiológica de la carne y de romper sus cadenas. Discrimina después Molina acerca de los tres grados de la vida espiritual: 1.º La hecha a base de resignación y renunciamiento; 2.º La que sin llegar a una resignación absoluta se hace sin substrato económico suficiente; y, 3.º La que florece en armonía con un progreso material sólido. Con respecto al primero, nuestro filósofo asegura “que no es posible levantar la vida espiritual de la sociedad entera sobre imperativos de resignación y sufrimiento”. No nos referimos a los otros grados por no alargar demasiado este artículo. Finalmente, después de haber pasado revista a los diversos valores que condicionan la vida y la felicidad del hombre, Molina se refiere, entre ellos, a la libertad y al amor. A la libertad que para nosotros —lo decimos con palabras de Martínez Estrada “es un bien del espíritu y como un poema bien hecho pertenece al patrimonio del hombre”. Molina asigna a la libertad un valor jurídico que alcanza la categoría de valor moral cuando, no cediendo a las tentaciones del capricho y de lo ilícito, la ejercitamos para hacer lo que debemos. En cuanto al amor, dijo bien aquella gringa del corazón celeste —Virginia Wolf— cuando aseguró que nuestras sórdidas vidas sólo adquieren esplendor y significado bajo sus ojos. O el Manco Sano al afirmar que “su imperio a todo se extiende y a todo se comunica; al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfecciona”. Para Molina el amor no constituye el sentido de la vida, porque el amor desde el punto de vista específico apenas si es aquel maravilloso mecanismo —maravilloso e implacable— a la vez dulce y trágico, que la especie ha ideado para pervertir. Esto no obstante, una vida sin amor sería muy pobre de sentido. Tal decimos por lo que hace a nuestros sentimientos inmediatos. Desde el punto de vista de Sirio, la vida y la muerte no es sino una sola cosa,

como ya lo había entrevisto Eurípides con claravidencia de poeta. Y aquí terminamos, dejando muchas cosas por decir de este libro, uno de los mejores de Enrique Molina.—VICTORIANO LILLO.



“DEL CORAZÓN A LA FLAUTA”, de *Fernando Colina*

La más alta comisión del escritor y del poeta es ser verdadero y leal consigo mismo, aunque se le acuse de personalista por aquellos espíritus aficionados a las trayectorias holladas que conducen al conocimiento de la belleza sin esfuerzos mentales. Después de leer y analizar los poemas que Fernando Colina ha reunido en su libro *Del Corazón a la Flauta*, de reciente publicación, tenemos la íntima certeza de que el poeta ha vaciado su caudal interior dejándose conducir por el fiel y melodioso lazarillo de su estro poético, manteniéndose en un armonioso vuelo que lo aleja tanto de lo transitorio y manido como de los malabarismos poéticos a que nos acostumbraron muchos poetas de los últimos años.

Sería insensato pedir perfección a un autor joven que publica su primer libro, con mucho menos razón cuando concordamos plenamente con el horror que experimentaba Unamuno hacia todo lo “perfecto”, partiendo de la premisa que la perfección del verso y de la prosa puede ser obra de artífice que hace alarde de galanura y conocimiento del idioma, perdiendo en cambio en profundidad y honradez literaria.

El libro de Colina se inicia con dos sonetos de corte moderno, en los que se ha respetado el corte clásico, dejando, en cambio, un ligero descanso a la rima asonante, que esclavizó a tantos cultivadores a través de los siglos.

*Y temblará la tierra y la madera  
del bosque de la sangre: ¿por qué ruta,  
hasta qué superficie o estatura,  
desde labio rozando tus arenas?*